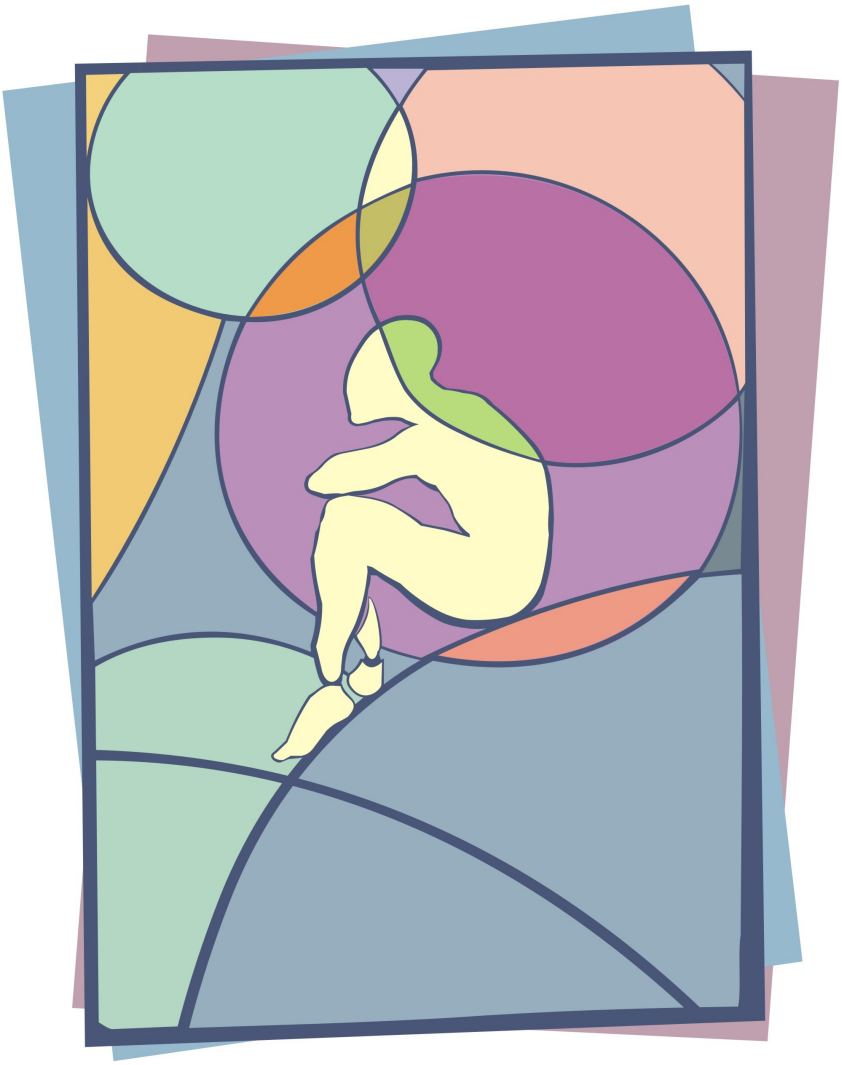

CC ONG

AYUDA AL DESARROLLO

www.ccong.es

Burkina Faso, del 3 al 19 de septiembre de 2011

Aterricé en Ouagadougou a medianoche de un sábado y sin ningún problema al pasar la aduana. De inmediato me encontré con Judit, Gerard, Ximo y Ousman (el taxista de la asociación), que tal y como me habían indicado por correo electrónico habían ido a recogerme. La novedad por el nuevo mundo que iba a empezar a descubrir provocaba que estuviera muy optimista, y sobre todo tranquilo, dado que contaba con otros españoles que me ayudarían a desenvolverme en las dos semanas siguientes. Es decir, no iba a estar solo, y a priori todo lo que había leído sobre mi destino indicaba que no tenía por qué temer ningún peligro especial o añadido.

Recuerdo que lo primero que me chocó, una vez llegados al lugar que sería mi casa, en el distrito 19, era que se bebía agua de pequeñas bolsas de plástico. A partir de ahí todos los días, como los demás, estaría enganchado a los plásticos, como de broma decían los españoles. Tras comprobar que los mosquitos no eran tan molestos como me los imaginé, y tras ponerme al corriente cada uno de mis huéspedes de cuánto tiempo llevaban en Burkina y por qué, me preparé para hacer mi primera noche en este país, eso sí, con la imprescindible mosquitera.

Al día siguiente, al ser domingo, mis compañeros me enseñaron un poco el barrio, cómo moverme y dónde poder comer evitando en lo posible caer enfermo, otra de mis grandes preocupaciones. Asimismo pude tener mi primer contacto con la población nativa y empezar a conocer cómo era su vida y sus costumbres.

El primer lunes de mi estancia allí pude conocer por fin el lugar donde podría echar una mano: la asociación de discapacitados Bons Citoyens. Durante el tiempo que estuve se daban clases de inglés en varios niveles, castellano, informática, alfabetización de francés y moree, una de las lenguas autóctonas. Paralelamente, se atendía a un grupo de niños sordomudos, pero también a otros con discapacidad intelectual, con el fin de ayudarles en la estimulación y atención. Asimismo, se ayudaba a la movilidad de Madina, una niña que necesitaba de una ortopedia para sus piernas, y también se daba rehabilitación a un grupo de niños.

ASSOCIATION REVEILLEZ
VOUS BONS CITOYENS

Todo esto se llevaba a cabo en la sede de la mencionada asociación, la cual cuenta con servicios de costura, peluquería, carpintería y cocina, mediante los cuales sus responsables obtienen ciertos ingresos para salir adelante. De este modo la asociación no sólo ofrece prestaciones a sus socios, sino que también se sirve comida, se hace ebanistería, se arregla ropa o se atienden cuestiones de estética a los vecinos de la zona que así lo demanden. De este modo, la asociación se convierte no sólo en un foco cultural y social, sino también de servicios a la comunidad y, de paso, sus responsables pueden ganarse la vida con estas actividades.

Mi labor en la asociación fue la de dar clases en castellano, ayudar en informática y también atender a los niños sordomudos y a los discapacitados psíquicos. El día a día dependía de la gente que acudiera ese día a clase o a la asociación, pero lo normal es que el horario fuera de 8 a 2.
El resto del día lo tenía libre y lo normal era estar con los niños del barrio que venían a nuestra casa a jugar, o bien salir a la calle para ver qué pasaba en la zona, además de ir a comprar víveres a las boutiques, descansar, ir al cyber para ver qué pasaba en el mundo, acudir a partidos de fútbol, salir a tomar unas cervezas, acudir al mercadillo más próximo, bajar al centro de la ciudad o lo que fuera.

En todo momento me sentí seguro. Nunca tuve sensación de inseguridad, ni siquiera por la noche. Todo el mundo te saluda amablemente y los niños incluso vienen desde la otra punta para que les des la mano. Su sonrisa y sus ojos te quitan cualquier pena y, a pesar de que lamentas la pobreza en la que viven, lo sucios que van algunos, la falta de higiene en muchos casos, y la merma de infraestructuras que padecen, aprendes que son muy felices y que están acostumbrados a su mundo.

Lo peor tal vez sea el calor. Incluso por la noche no paras de sudar, pero bueno, no siempre es así. De 13 a 17 horas es mortal estar en la calle, aunque cada tres días o así llovía y refrescaba. Las otras molestias pasan por las moscas del día y los mosquitos de la noche. La falta de variedad en la comida tal vez sería otra de la cuestiones a mencionar, aunque al final acabas por acostumbrarte.

En el primer fin de semana que tuvimos oportunidad, Gerard y yo nos fuimos a Bobo, donde se puede visitar un poblado del siglo XI; y a Banfora, donde estuvimos en un campamento y acudimos a varios escenarios naturales, uno de ellos con hipopótamos, aunque no pudimos verlos finalmente. Son destinos que suelen realizar casi todos los nassara y no nassara.

El último día pude asistir a una misa protestante de tres horas de duración donde los cánticos, las aleluyas, los discursos y la confraternización hacían del evento todo un espectáculo para los no iniciados. Asimismo, con la ayuda de los cooperantes españoles, pude repartir en el barrio camisetas y diverso material escolar donado por dos empresas de la provincia de Alicante así como de un colegio público. Parte de este material también fue donado a un colegio público de la zona a cambio del cual la familia de la niña Madina iba a ver rebajada considerablemente la matrícula para el curso escolar que empieza en octubre.

Por lo demás la experiencia es muy recomendable, porque te da tiempo a pensar mucho, a poner las cosas en perspectiva, a valorar lo que tienes y lo que no, y a darte cuenta que muchas veces no tienes derecho a quejarte.

Dar desde de aquí las gracias a los españoles que me acogieron, a todos los miembros y socios de la asociación que hicieron que me sintiera como en casa, a todos los niños con los que puede tener trato, a María Dolores Vives, de la UMH, por ayudarme a hacer realidad este sueño, y, cómo no, a Rafael y a la propia ONG que me han brindado la oportunidad de esta experiencia y de conocer un poquito este país que siempre llevaré en mi corazón.

Jesús Mula, octubre de 2011